

HACIA UNA LITERATURA NACIONAL

por
Washington Lockhart

Toda creación es siempre, aunque el protagonista visible sea uno sólo, obra de muchos, casi podría decirse que de todos. Es el producto de un ambiente, de un círculo, en cierto sentido ilimitado de predecesores y colaboradores, quienes proveen, junto con la materia inicial, los vínculos y relaciones decisivas para su surgimiento. En el delirio racional del siglo de las luces, se inauguró una sobreestimación injustificable de la actividad solitaria. Ya en el siglo XIX se encuentran los ejemplos máximos: un Kierkegaard, un Nietzsche; interpretando al pie de la letra su exaltación del sujeto, han pretendido olvidar las múltiples dependencias de sus personalidades ante sus circunstancias y ante sus contemporáneos, (el «Kierkegaard» de Hoffding, el «Nietzsche» de Halevy, entre otros, son, a ese respecto, reveladores), sus deudas ingentes con la tradición, las implicancias de sus meditaciones que, aunque, por su carácter de tales requieren, naturalmente, un apartamiento momentáneo, nacen y crecen en último comercio con los factores culturales que los hicieron posibles.

«El hombre sólo alcanza el destino por medio de vínculos, no los habituales y rutinarios en cuanto lo ligan en su impotencia como algo extraño, sino los por él aprehendidos, que acaban siendo algo propio. Estos sujetan su existencia para que no se disipe caprichosamente y se haga realidad posible». En nuestro país, particularmente, resulta casi imposible estabilizar, como lo aconseja Jaspers, una referencia fecunda para nuestras actividades; no hallamos ni en el presente ni en el pasado movimientos definidos ni razones convincentes para coordinar nuestros esfuerzos. Si a veces creemos apreciar algunos, pronto advertimos que no son sino ecos desvaídos de planteamientos importados, timidas variaciones de temas ya en vías de liquidación, desvanecidos muchas veces en su lugar de origen varias décadas atrás. Sobreviven así resabios positivistas, veleidades románticas, dogmatismos descentrados, como el fondo más estable, aunque no se le aluda, de la conducta general. Negar la persistencia de esa heredad irrenunciable, siendo ya lo que somos por obra de esas seculares influencias, no haría sino encubrir y prorrogar algún modo subrepticio de soportarla. Si queremos salir de ese siglo XIX, que, temporalmente arrastramos aún con nosotros,

no será negando su prolongación más o menos disfrazada, ni alardeando de una modernidad que apenas nos afecta la epidermis, sino tratando de reconocer lealmente sus consecuencias reales. Como reacción superficial ante ese estado de cosas, en efecto, apreciamos nuestra realidad más visible, como un modo de no estar en la realidad, de buscarla fuera de nosotros, luego de tanto no hallarla en nosotros; un modo, en oficio de ventajistas, de vagabundear entre las mercaderías recién desembarcadas, olfateando cajones, volviendo con la novedad de algunos embalajes, de algunos rótulos. Y entretanto, en el fondo, persistiendo en los vicios ideológicos antes mencionados.

Como toda juventud, es la nuestra la edad de lo inauténtico; no es posible salir de ella partiendo de ella, de sus buenas intenciones. «Quien quiera salvar su vida la perderá...». Para recobrarla, en cierto modo, hay que querer perderla; y es que, a fuer de hombres, aunque medianamente vivos, ocurren en nosotros iluminaciones y oscurecimientos, esas alternativas y conmociones reveladoras, de las que toda veracidad, creámoslo así, podrá algún día surgir. Si generalmente frustramos esa revelación, se debe a nuestro afán adolescente de eludir esos conflictos, de adoptar los productos culturales ya hechos, de querer saber sin molestarse en aprender. Nuestra modalidad, mal que nos pese, es la indeterminación; no disponemos, por el momento, de otro camino que el de vivirla hasta sus últimas derivaciones, sufrir nuestra condición, partir de este no estar que es nuestro único patrimonio aprovechable, para razonar nuestro desvalimiento, para darle a nuestros sueños la resonancia de nuestras incapacidades.

Estamos, por razones obvias, condenados a deambular en nuestra realidad como Fabricio en Waterloo, ignorando las dimensiones y el alcance de nuestros conflictos, el carácter específico de nuestra condición, el estado vulnerable por el cual irrumpirán los más grávidos sucesos. Hay, a poco que extrememos nuestras exigencias, una desacomodación entre las ideas prefabricadas que heredamos y la peripecia concreta que vivimos; nuestros desvaríos se entrecruzan, de lo cual quienes ignoran el suyo extraen inagotable solaz; cada vez que organizamos nuestras suficiencias, estamos exhibiendo —generalmente lo advertimos tarde, algunos nunca— nuestras insuficiencias.

A las formas universales de la desdicha humana, se suman en nosotros las formas particulares, propias de las formaciones incipientes. En una época en la que, salvadas las distancias, Francia presentaba con nosotros analogías propias de la edad, observaba Montaigne: «Nos preocupamos más en interpretar las interpretaciones que en interpretar las cosas; hay más libros sobre los libros que sobre todo otro tema; no hacemos más que entreglosarnos». No podemos así asombrarnos que, siendo tan escasa nuestra producción literaria, aparezca sin embargo entre nosotros quien emplee sus mejores energías en realizar una crítica de críticos. Ni de que yo mismo, al criticarlo, me convierta en crítico en tercera instancia.

Esa misma desatención a la peculiaridad de nuestra experiencia, esa falta de sustancia y de arraigo, hace degenerar toda labor creadora en una búsqueda de efectos singulares, de originalidad externa. Decía el

mismo Montaigne: «Son demasiado osados y desdeseñosos para seguir el camino común; pero su falta de invención y de discreción los pierde; no se ve en ellos más que una miserable afectación de rareza, de disfraces fríos y absurdos que, en lugar de elevar, rebajan el asunto; con tal de ufanarse con la novedad, no se cuidan de la eficacia».

Con ese cultivo del «genio» individual se va perdiendo cada vez más el sentido de la comunidad. Hoy nadie puede negar que «la subjetividad es la verdad» (Kierkegaard); pero por desgracia, solamente lo es, si lo es, como exclusividad del sujeto. Siguiendo ese camino, cada uno llega a tener su religión particular, es decir: a no tener ninguna, a no re-ligarse a nadie. Arrastrados en la cresta de la ola, espumando un placer a flor de piel, naufragamos de ese modo en lo fugaz y lo fragmentario, en la sensación versátil y excitante. Lo más respetable y lo más honrado, la idea fundadora, las experiencias vitales básicas, sobrenadan entonces en calidad de sensaciones, objetos propicios para la juglería ingeniosa de los desarraigados.

Lo más sensible es que no sólo carecemos de voluntad de disciplina, sino, lo que es peor, de respeto a nuestra sustancia. Flaubert, que escribiera un día durante 16 horas para terminar una de sus obras, fué capaz, llegando el caso, de destruir cinco versiones de «M. Bovary», antes de conformarse con la definitiva. Nosotros, en cambio, escribimos —cuando lo hacemos— una obra a ratos perdidos, y no es culpa nuestra si apenas escrita no aparece enseguida en los escaparates de las librerías. Afortunadamente, nuestra historia no se ha de estar escribiendo en los escaparates. No llega a ser vanidad, es apenas una ridícula presunción, hablar, como se habla, de «nuestra generación» literaria. Hay, aquí y allá, ensayistas, oficiantes auto-elegidos, jóvenes atacados de sarampión literario, cuya vocación, fraguada ante experiencias que no han tenido, tomará mañana, como sucede hoy con los de ayer, por el camino más remunerador de la política o de la ocupación burguesa. Podemos estar seguros de una cosa: no escaparemos de nuestra indigencia en alas de una generación que, en sí, no existe; la generación actual, si es que persistimos en conservarle un sentido, la forma una especie de soledad plural; se sostiene en la decisión honrada de cada uno, complaciéndose con las cosas y con los sucesos hasta dar con su meollo, viviendo sin falsas urgencias y sin posturas farisaicas las alternativas que a cada uno le toca en suerte, estableciendo vínculos auténticos con dichos conflictos y con quienes sientan que, en primerísimo lugar, es necesario vivir en ellos, no en la literatura a que dan ocasión.

La personalidad, dice Hoffding, requiere en sus procesos expansivos, asimilar lo extraño; antes de hacerlo suyo, de «incorporárselo», transcurre un tránsito, una *afectación* momentánea; «pero se hace permanente —agrega— cuando el principio ajeno recibido se practica con todas sus consecuencias, aun cuando no arraigue en la propia personalidad». Casi todos nosotros vivimos en ese tránsito, simulando poseer íntimamente lo que apenas, en el mejor de los casos, poseemos a título informativo, o como exterioridad técnica. La cultura occidental nos llegó desgraciadamente de afuera, como una catástrofe; todos venimos del judeo-cristianismo, de la concepción griega de la persona, del derecho romano; todo ello adulterado por hábitos de doblez que fueron crecien-

do con las pretensiones racionalistas que, en los últimos siglos, precipitan soluciones artificiales y un optimismo que, hoy lo vemos, nada justificaba. No puede extrañarnos, si, vista en su conjunto, esa historia cultural se nos aparece forzosamente —más que la vida misma— como «un cuento contado por un idiota», como «ruido y furia» sin sentido. Pero el estado de salud, si es que existe, requiere el pasaje por la enfermedad; eso, se dice, inmuniza. Nosotros hemos recibido, como de regalo, una apariencia de salud. Pero es bueno no engañarse ni creer en el ingenuo «elogio» de que somos pueblos jóvenes. Al contrario; por no haber gozado de juventud somos doblemente viejos. Hemos nacido viejos. No veo qué ventajas obtendríamos, a no ser las de una egoísta irresponsabilidad, avergonzándonos de ser una segunda edición, disminuída y alterada, de la cultura europea, de nuestra condición de colonia; nosotros, los que hemos visto por meras razones geográficas, un poco a la distancia, las barbaridades cometidas por los «cultos» en Dachau, en Hiroshima, que respiramos la misma atmósfera moral que las produjera, somos como ellos, y tanto como ellos, culpables; estamos manchados por esa sangre; sólo un azar ha hecho que sean unos y no otros quienes la derramaron. Desde el momento que uno de nosotros lo es, todos nosotros somos asesinos en potencia. Lo que se trata de saber, lo que tenemos que saber, es sí, siendo recién llegados a ese orbe, está, no obstante, en nuestras manos, la posibilidad de superar esas etapas sombrías; si somos capaces, de alguna manera, de proseguir su evolución en el sentido que señalaban nuestras esperanzas, de restablecer el sentido de la dignidad humana que en Europa, juzgada con su propia moral, ha llegado a caer tan bajo.

Es inútil querer engañarnos: somos europeos residentes en América, alejados, como en una incubadora, del calor de nuestra madre natural. No negamos que es urgente atender nuestra realidad más próxima, beber en las fuentes mismas de la cultura uruguaya; por eso mismo, leamos a Homero. No es en H. D., sino en Tucídides o en Plutarco donde aprenderemos a conocernos mejor, donde las vidas de nuestros héroes, incluso, adquirirán un sentido. «Es espantoso pensar —decía Peguy— que tenemos el derecho de hacer una mala lectura de Homero». Es decir de adular una verdad que está en la raíz de todas nuestras verdades, con criterios personales caprichosos y que ciertos derechos de la razón, que por ser la de cada uno no es más la de nadie, pretenden validar. Pero, preguntamos nosotros: ¿hasta qué punto podemos, aún queriéndolo con todas las ganas, realizar una buena lectura de Homero? ¿Hasta qué grado nos es posible asimilarnos esa cultura clásica en donde, no cabe duda, reside la clave de nuestros desvaríos? Forzosamente, por simples razones materiales —por si no hubiera otras—, nuestra labor a ese respecto está condenada a ser incompleta e imperfecta; ambularemos a lo sumo, aquí y allá, lograremos atisbos y aproximaciones, pero renacer a ese mundo en su viviente plenitud, ni soñarlo. Pero después de todo, no hay por qué perder toda esperanza; cada vez que actuamos y meditamos, Platón piensa y actúa en nosotros, y como Platón, los estoicos, los profetas judíos; como Mr. Jourdain la prosa, gozamos de esa cultura sin saberlo; las articulaciones de nuestra psique, el tono de nuestras creencias, conservan, indelebles, esos rasgos primarios; es

cierto que la mayor parte de las veces cristalizados o fragmentarios, pero su virtud permanece latente; de nuestra sagacidad tanto como de nuestro esfuerzo sin concesiones defenderá su actualización; la revisión del pasado, si lo llegamos a reconocer en su eterna actualidad, coincidirá entonces con una visión agudizada del presente.

Lamentablemente vivimos en una casa demasiado ventilada. Irrumpen a cada paso, sostenidas por snobs vocingleros, una serie de posturas exóticas que, quieras o no, terminan por interferir con nuestras preocupaciones; se nos agrede con Joyce, con Faulkner, con Elliot, con Sartre; se nos obliga a considerar uno tras otro esos «platos voladores» de la literatura, con mengua de aquellos valores fundadores cuya consideración nunca debíamos de haber abandonado. Se nos despoja del «tiempo» indispensable para una maduración armónica de nuestra personalidad. Quienes se atienen a lo actual, no comprenden ni siquiera lo actual, faltos de referencias que podrían situarlo en su integridad. La multiplicidad de esas influencias, además, excede nuestra capacidad de assimilarlas. Envidiemos las épocas que se atenían a unos pocos libros, pero que los poseían a fondo; el que sabe bien unas pocas cosas, sabe en realidad muchas más; lo deseable no es enterarse —tener noticia— de todas las «novedades» sino de afianzarnos en las más representativas.